

Algunas notas sobre el antiguo convento de San Joaquín de los Carmelitas Descalzos

Félix Zamora y José Jesús Orozco, ocd

Preámbulo

El convento de San Joaquín de los Carmelitas Descalzos fue fundado el domingo de sexagésima, 13 de febrero de 1689, utilizando para ello una Real Cédula expedida por Felipe IV en 1661, es decir 28 años antes, sin refrendar el permiso ante el nuevo rey Carlos II. ¿Por qué esperaron tanto los Carmelitas para fundar? Al conseguir tal cédula de fundación, pretendían emplearla para establecer su Colegio de Artes (Filosofía). Pero es muy probable que después hayan pensado que el Colegio podía esperar, pues lo podían tener en cualquiera de sus conventos establecidos, como de hecho lo tenían en Salvatierra; y que, en cambio, les urgía la fundación de Orizaba, lugar intermedio entre Veracruz y el convento de la Puebla, ruta habitual de los frailes, ya que continuamente venían de España e iban allá. Hicieron, por tanto,

trámites en México para mudar la licencia concedida para Cholula, Tlalpan o Tacuba, en un permiso para fundar en Orizaba. Obtuvieron lo que deseaban del Virrey; más no así del obispo de la Puebla, don Diego Osorio de Escobar y Llamas, a cuya jurisdicción pertenecía Orizaba.

Ante sus tentativas infructuosas en que gastaron dinero y tiempo, los carmelitas volvieron al proyecto del Colegio. Nuevas dificultades surgieron para fundar en Cholula y Tlalpan; no quedó más recurso que fundar en Tacuba.

Las Crónicas del Convento

Las crónicas del Convento de San Joaquín se encuentran actualmente en el Archivo del Instituto de Antropología e Historia de la ciudad de México, Sección Lira nº 10. Se titula *Libro de la fundación y hechos memorables*

de este Convento de Nuestro Padre San Joaquín en el Pueblo de Sanctorum. Año de 1689.

Consta el manuscrito de 106 folios. Comienza el libro con la Visita Provincial del padre Francisco de la Concepción, quien dejó consignado: "Reconocí este libro del estado y fundaciones de Capellanías, y hallé que se ha cumplido con ellas, y que tiene de renta novecientos y veinte y tres pesos, y por verdad lo firmé en este dicho convento, a 19 de marzo de 1689 años Fr. Francisco de la Concepción, Provincial" (rúbrica).

Es probable, pues, que en ese año se hayan comenzado a escribir las crónicas. En el siguiente folio tiene la tabla o índice de las partes que contiene el libro y es como sigue:

| | |
|---|---------------|
| Fundación del convento | fol.1 |
| Bienhechores de él | fol.6 |
| Fundadores de Capellanías | fol.12 |
| Prelados, Vicarios, Priors | fol.24 |
| Religiosos que han tomado el hábito (legos) y profesado | fol.28 |
| Religiosos que siendo aquí conventuales, han muerto | fol.40 |
| Visitas que han hecho por Visitadores y Provinciales | fol.120 (¿) |
| Actas Capitulares | fol.108 (sic) |

En este artículo se trata de historiar los comienzos del convento de San Joaquín (Tacuba) y echar una mirada a la construcción y su uso y luego, remontarnos dos siglos después, cuando el convento lo perdió la Orden que lo construyó para pasar por muchas manos. Me voy a referir brevemente a los años 1857 hasta principios del siglo XX.

Adquisición del terreno

"En este pueblo tenían antiguamente los naturales una casa y huerta, tan adornada y compuesta de árboles fructíferos, y tan atizados sus cuarteles de vistosas flores, que sin tener que envidiar a las demás de la comarca, era una quinta y lugar de recreación, donde los republicanos y personas de más cuenta se retiraban a descansar y a divertirse de los cuidados ordinarios; y así la llamaban en su idioma "Huehualco", que en castellano es lo mismo que "casa y habitación de los ancianos".

La casa y huerta referida vendieron los indios del lugar con licencia del Marqués de Cerralvo, Virrey de la Nueva España, don Agustín Guerrero, abogado de la Real Audiencia, a 10 de diciembre de 1631 años, el cual declaró jurídicamente que fue comprador supuesto, porque la compra había sido para su hermano, don Antonio Guerrero, presbítero; y éste y su hermana doña Ana Guerrero hicieron donación della a nuestra Provincia, con cargo de enterrarlos en nuestro convento de México, y de decirles un novenario de misas cada año. De la cual se tomó posesión por parte de la Orden a 28 de mayo 1654.

Después la vendió la Religión, y habiendo pasado a diversos poseedores, fue él último Pedro Vicente Esquerro, que viendo arruinado su edificio, labró unas paredes para vivienda, y sólo cubrió un portal, quizá porque quiso Dios recibir en esta fundación su primer culto y adoración en otro, semejante al de Bethlem", según las crónicas citadas.

Comienzo con hacer una descripción de lo que fue el convento de San Joaquín.

La Iglesia

La construcción del convento de San Joaquín, hasta tener la planta definitiva que hoy conocemos, duró más de medio siglo, desde 1690 a 1748. Inició la obra el segundo Prelado del convento y su primer Prior, el padre Francisco de Santa María, natural de Saltillo, quien cercó la primitiva huerta y abrió los cimientos de la iglesia.

Se colocó la primera piedra de ella con harta solemnidad, asistiendo los señores virreyes Condes de Galve, D. Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza y su consorte; así como el señor Arzobispo de México don Francisco de Aguiar y Ceijas, los tres muy afectos a los carmelitas y con gran concurso de gente principal (1). Habiendo llegado a México la cédula real que prohibía seguir la obra, la iglesia se dejó hasta el Priorato del padre Fray Pedro de la Madre de Dios (1699-1702), cuando se concluyó en toda su integridad juntamente con la sacristía y el "De profundis" (2) de ella, gracias a las limosnas y los empeños del insigne bienhechor riojano D. Antonio Fernández de Jubera.

Se bendijo y dedicó la iglesia el 18 de febrero de 1703 con inusitada pompa litúrgica, siendo Prior el padre Miguel de San José [1702-1705], natural de la ciudad de México y estando presentes el Arzobispo D. Juan de Ortega y Montañez, el virrey D. Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, Duque de Alburquerque, la Real Audiencia,

1 Libro de la Fundación y Hechos memorables de este convento de nuestro Padre San Joaquín en el pueblo de Sanctorum. Año de 1689. Capítulo de los Prelados fol.22 rev.

2 "De profundis", se llamaba al lugar de donde partían procesionalmente los religiosos para ir al coro o algún otro lugar. Con esas palabras comenzaba el salmo 50: 'Desde lo hondo...'

el Ayuntamiento, el padre Provincial Fr. Bartolomé del Espíritu Santo, varios carmelitas de las comunidades de México y San Ángel y lo más granado de caballeros de la capital. El mismo año en que se dedicó la iglesia, murió el 7 de noviembre el fundador y patrón de ella, dejándole al convento, por de pronto, mil pesos libres de toda carga.

Exterior de la Iglesia

De cantera gris como todo el convento y orientada de este a oeste, la iglesia imita en sus lineamientos la arquitectura de la de San Ángel; fachada sobria; pero de gran efecto visual, con nártex, al que dan acceso tres arcos adintelados de medio punto enmarcados por cuatro pilastras; las de afuera, macizas y gruesas, ya que cumplen con oficios de contrafuertes angulares. Estas pilastras exteriores se dividen verticalmente en dos cuerpos bien marcados, el de arriba, más delgado. Una cornisa de pocas molduras corre encima del dintel de los arcos, haciéndose muy tenue en las pilastras exteriores, donde marca en ellas la división dicha.

Sobre la cornisa se abre la ventana del coro, circunscrita por ancha moldura y que limita por la parte superior con otra cornisa de menores dimensiones de que sirve de base a las estructuras del nicho de Señora Santa Ana. Remata la fachada toda, un pequeño frontón, formado en sus flancos por roleos y truncado por una cornisa de gran vuelo, sobre la cual se asentaba en otro tiempo una cruz. Apenas unos adornos de follaje sobre el nicho de Santa Ana

3 Libro de la Fundación..., Capítulo de los Prelados fol.23 rev. Capítulo de bienhechores fol. 6

constituyen la única ornamentación barroca de esta sencilla portada.

La puerta del templo propiamente dicha tiene sus jambas enmarcadas por dos pilastras con apenas moldura en el arranque del arco, donde se adornan con unos follajes de acanto a manera de capitel. Una portada lateral, que se encuentra al nivel de la tercera bóveda del templo y se enmarca entre dos contrafuertes, está más ornamentada que la principal. Consta de dos cuerpos y una sola carrera. El primer cuerpo lo ocupa la gran puerta de jambas molduradas, arco de medio punto y en la clave un pequeño escudo carmelitano; la encuadran a cada lado, un par de columnas toscanas semiadosadas, sobre plintos cuadrangulares apenas moldurados; la columna interior más destacada y sobresaliente que la exterior.

El nicho de San Joaquín con su escultura constituye la parte principal del segundo cuerpo, cuyo basamento está ornamentado con recuadros en relieve: dos cuadrados y dos rectángulos separados entre sí por ménsulas y además en el centro por la repisa del nicho. Esta repisa está muy decorada con relieves de follaje y volutas.

El nicho, de capialzado en forma de concha, se enmarca por pilastrillas labradas, corresponden a las ménsulas del centro y están divididas por almohadillas: cinco por lado; cuatro de ellas ostentan respectivamente monogramas de María, José, Joaquín y Ana, y los seis restantes una especie de flor o cruz con brazos de hojas de acanto. Coronan las pilastrillas capiteles corintios y sostienen un frontón abierto para dar lugar a la peana cuadrada de una cruz con la que remata todo el conjunto.

La decoración sobriamente barroca de esta portada se completa con un monograma de Jesús en un pequeño óvalo, rodeado de relieves de follaje, situado arriba del arco del nicho.

Espadaña

Según las prescripciones austeras de las leyes, la iglesia cuenta, no con torres, sino con espadaña. Está colocada sobre la pared del templo, en su ángulo sureste, consta de dos cuerpos, dos carreras y remate. Las carreras se limitan por pares de pilastrillas de ladrillo y encierran arcos destinados a recibir las campanas. Los cuerpos y el remate se marcan por delgada cornisa. El remate es un frontón sobre el que descansaba una cruz y está horadado por un arquito ornamental y tiene a cada lado una almena.

Atrio

El cementerio o atrio, en su perfecto acabado, fue obra del segundo Priorato del padre Alejo de San Joaquín (1741-1744) (4). Tiene dos grandes puertas del acceso al exterior. Su barda es un artístico recorte de líneas onduladas, que ascienden en roleos hasta los frontones de las puertas, coronadas éstas por cruces. Lo mismo sucede a la mitad del espacio de ellas, donde un pequeño plano con otra cruz, sirve de corona a un gran monograma de María, realizado en argamasa blanca.

Interior de la iglesia

El cuerpo de la iglesia, en su interior, tiene de largo 41.93 mts., y de ancho 13.50 mts.; la distancia de pared a pared de los cruceros es

4 Ibidem. Capítulo de Prelados 78

de 20.90 mts. Lo cierra siete bóvedas de arista y la cúpula central; dos un poco más pequeñas que las demás corresponden al coro; dos bóvedas forman el cuerpo principal; otra, forma el presbiterio, y dos laterales, completan la cruz latina; en el sotocoro hay una sola bóveda rebajada. Los arcos torales, de medio punto, descansan sobre pilastras que se enmarcan en otras más anchas y poco sobresalientes. Las principales, están ornamentadas con recuadros en bajo relieve; cuadrados y cuadrilongos alternando; los cuadros encierran otros más pequeños, y los cuadrilongos encierran óvalos. La cúpula es muy redonda; pero sin tambor, tiene cuatro ventanas hacia los cuatro puntos cardinales y linternilla. Sin duda alguna las pechinas antaño tuvieron sus lienzos.

En el fondo del crucero izquierdo o sur, se halla la Puerta de Gracias que comunica con la sacristía. Hemos de decir que la sacristía siempre estaba en uno de los cruceros y por ahí se accedía a la iglesia. Y ordinariamente el otro crucero se prolongaba con una capilla que ordinariamente se levantaba más tarde, cuando ya estaba concluida la iglesia. Alguna ocasión crucero y capilla tienen el mismo tamaño que la misma iglesia, como sucede en San Ángel, Salvatierra, etc. Del altar mayor primitivo no tenemos más noticia; sino que la bellísima imagen de san Joaquín con aureola de plata ocupaba la hornacina principal suntuosamente alojado bajo un baldaquín de ricas telas y con vidriera; que tuvo manifestador y sagrario dorados y que una imagen de la Santísima Virgen del Carmen de bulto estaba colocada en un nicho encima del de San Joaquín; sin embargo, por el costo del retablo y por

afirmar las crónicas de él "que en su tamaño es de los mejores que hay en el reino", podemos imaginarnos que fue rico y hermoso. Probablemente por la época en que fue labrado, pudo ser plateresco o barroco salomónico.

El altar exquisitamente trabajado y dorado, que aún podemos admirar en San Cosme, sustituyó al primitivo en 1784, y se debió a la iniciativa de don Juan Manuel Arcipreste, que puso la condición de su hechura, para fundar una Capellanía, y dio además para el retablo 1,500 pesos (6). En el mismo Priorato del padre Miguel de San José de 1702 a 1705, en que se dedicó la iglesia, juntamente con el colateral principal se construyeron otros seis retablos más: los dos pequeños para las capillas relicario, cuyos titulares eran san Miguel y san Juan Bautista, los dos altares de los cruceros: el de san José a la derecha y el de santa Teresa a la izquierda y los otros dos; el de santa Rosa de Viterbo y el de Santa Ana; de estos dos últimos altares ignoramos la ubicación (7).

La iglesia contó, además de los retablos referidos, con el de Nuestra Señora del Carmen y el de san Jacinto, colocados en el siguiente Priorato del Padre Juan de Santa Teresa y que se debieron a la respectiva donación de doña Josefa de la Plaza y de doña Jacinta de Avendaño. Muy probablemente se añadió el de santa Gertrudis (8).

5 Ibidem. Capítulo de Prelados 76 rev.

6 Capítulo de bienhechores fol. 6- Actos capitulares celebrados en este Colegio de San Joaquín según acta

7 Libro de la Fundación...capítulo de los Prelados fol.23 rev. Capítulo de bienhechores, fol. 7

8 Ibidem. Capítulo de Prelados, fol. 23 rev. Capítulo de bienhechores fol.7

Como prolongación del crucero derecho de la iglesia, se labró la capilla de los Dolores, durante el Priorato del padre Francisco del Espíritu Santo (1714-1717).

Para darle entrada, se abrió en dicho crucero una puerta que imita en su aspecto la de Gracias, un poco más alta. La capilla tiene de largo 12.60 mts. Por 6.76 de ancho y se cierra con dos pequeñas bóvedas y una cúpula central. Los arcos torales descansan en pilastras estriadas con capitel moldurado y de forma cuadrada. La cúpula es octogonal, sin tambor y con linternilla. La horadan cuatro ventanas ovaladas, que antes, en vez de cristales, lucían placas de onix. En el fondo fue colocado un retablo hecho con anterioridad, en el Priorato del padre Francisco de San Pedro (1711-1714) y que ocupaba probablemente la pared del crucero donde se abrió la puerta.

Lo presidía una bella imagen de Nuestra Señora de los Dolores con puñal en el pecho y aureola, ambos de plata maciza y con fina pedrería engastada. Las paredes se adornaban con pinturas referentes a la Pasión del Señor y con dos espejos finos de 83 cms. de largo. El altar tenía comulgatorio y su lámpara de plata (9).

Ala norte del Convento

De los conventos que levantó la antigua Provincia de San Alberto, en la actualidad únicamente dos existen completos y dedicados al fin religioso para el que fueron construidos: el del santo Desierto de Tenancingo dedicado a N. S. del Carmen y el de San Joaquín, en Tacuba si bien éste privado de su extensísima huerta. El convento de que nos ocupamos, ha sido hasta hace poco, dedicado a finalidades muy

9 Ibidem. Capítulo de los Prelados, fol. 66 y fol. 24

ajenas a su propósito y ha sufrido, por tanto, múltiples modificaciones en su estructura; sin embargo, conserva su planta original y por las crónicas pueden identificarse sus principales dependencias.

Como todo convento carmelitano; es más, como todo convento colonial, ostenta la forma de un gran cuadrado unido a la parte sur de la iglesia. Éste de San Joaquín con dos alas transversales que lo atraviesan de por medio, de norte a sur y de este a oeste, formando en su interior cuatro patios.

En sus cuatro esquinas el gran cuadrado tiene prolongaciones; el ala norte se prolonga con una recta hacia el oriente, formando escuadra con la fachada principal de la iglesia; el ángulo noroeste se prolonga con unas edificaciones que abrazan la iglesia por su parte superior, llegando al lado poniente de la Capilla de los Dolores. En el ángulo suroeste tenemos dos prolongaciones: una pequeña que se adelanta más al poniente y que albergaba la hospedería; la otra en ángulo recto con el ala sur y que alineaba varios cuartos de servicio en el extenso patio regular. En el ángulo sureste también encontramos dos importantes prolongaciones; una hacia el oriente con el gran oratorio de los estudiantes; y la otra a la vez hacia el sur y el oriente: la formaba la basta oficina de la enfermería.

Comenzando con el ala norte, adosada a la iglesia, hallamos primeramente en su prolongación oriental, la portería, a que dan acceso al exterior tres hermosos y proporcionados arcos de cantera, que hacen juego con los de la portada principal de la iglesia. Comunica la portería hacia occidente por una gran puerta labrada, también de cantera, con el "De profundis" de la

sacristía, y opuesto lado, con una gran sala que servía para la recreación de los estudiantes, en los días en que no era posible, o no era permitido salir a la huerta.

Toda esta prolongación en su parte baja fue construida, con otras varias oficinas, por el padre Juan de Santa Teresa en su Priorato (1705-1708). Encima de portería y recreación edificó el padre Francisco del Espíritu Santo en el trienio 1711-1714 la antebiblioteca y la biblioteca. Fr. Tomás de la Presentación en el trienio siguiente dotó a ésta de ventanas y mobiliario: estantes, una gran mesa y dos bancas grandes, todo de cedro. La biblioteca de San Joaquín, puesto que daba servicio al Colegio, era una de las mejor surtidas de la Provincia. Las crónicas enumeran detalladamente la mayor parte de los libros comprados para la "librería", dando razón de autores, títulos y costo; de tal modo que se puede saber lo principal de su acervo (10).

El salón "de Profundis" de la sacristía, como ya se dijo, fue contemporáneo de la iglesia. Un lienzo de muro hasta el crucero y paralelo con el templo, lo angosta y forma seis cubículos: uno era una capilla de la portería; tres más, eran los confesonarios, que comunicaban la Iglesia con una angosta ventanilla o rendija para oír a los penitentes, los cuales, sin ver al confesor y sin ser vistos por él, exponían sus culpas; de los otros aponsetillos uno, tal vez, prestaba el servicio de "velería" o depósito de velas, y el último servía para guardar las sotanas de los acólitos. Sobre el "De profundis" de la sacristía estaba el antecoro, obra del padre Miguel de San José en su primer Priorato.

10 Ibidem. Capítulo de los Prelados fol. 27 rev., fol. 66 y fol. 68

Comunicaba por el oriente con la antebiblioteca y el claustro oriental y un poco más acá, hacia el sur, abría una puerta que daba a la anteescalera. Por el poniente comunica con un pasillo que daba entrada al claustro transversal norte-sur y seguía con la lonja que rodeaba al convento en todo su perímetro de la planta alta. Destacaba en el antecoro un gran lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe, donación de doña María de Mendoza. El lienzo de pared que viene desde abajo, hace espacio a la puerta y gradas que alcanzan el coro y forma en la dependencia que nos ocupa, cuatro aposentos: el último junto al crucero, daba acceso a una tribuna con vista a la iglesia; en los demás cuartos se guardaban, creemos, los instrumentos de penitencia, los breviarios, libros de meditación, candeleros de hojalata con que los religiosos se alumbraban en maitines, despabiladeras, etc. (11) Siguiendo hacia el oeste por la planta baja, después del De profundis de la sacristía, tenemos un pasillo que comunica a un lado con la puerta De gracias, y por el otro, con la puerta de la sacristía, y un poco más allá con la puerta que da acceso al claustro procesional. Prosiguiendo aún más, damos con una gran puerta, abierta hacia el norte, que franquea la entrada a la gran capilla de antaño que llamaremos fúnebre.

Esta se extiende detrás de las capillas relicario y del presbiterio de la iglesia. Allí eran velados los religiosos que morían y, para hacerles todos los oficios, precisaba ser grande y amplia. La presidía en su parte central y contra la pared de la iglesia, un retablo donde se hallaba como imagen principal, un Santo Cristo.

11 Ibidem. Capítulo de los Prelados fol. 23 rev.

Hacia el norte por otra puerta con dinteles de cantera, se penetraba a un gran cuadrado. Opinamos que era la capilla de la cripta, edificada precisamente sobre ella. La arquitectura luce aquí, por demás, tan vistosa como atrevida: una gran pilastra central, o por mejor decir, racimo de pilastras, sube desde las criptas y, después de sostener las bóvedas de éstas, viene a sostener las que cubren dicha capilla distribuyéndose en cuatro arcos torales a manera de una palma.

No sabemos cuántos altares tendría, ni su ubicación; pero allí se decían muchas misas diariamente por los religiosos y bienhechores difuntos, se recitaban responsos y se cumplía con otros sufragios.

La gran capilla fúnebre, las criptas y la capilla de las criptas fueron terminadas por el padre Fr. Melchor de Jesús (1729-1732), quien además construyó arriba de la capilla fúnebre y parte de las criptas, una gran aula magna con su vestíbulo para las clases del Colegio, disertaciones y demás actos académicos. Otro recinto entre el aula magna y la Capilla de los Dolores, servía también como salón de clases y creemos que de sala capitular (12).

Ala poniente y ala sur

El ala del oeste fue la primera que se construyó del convento. Inicióse desde el quinto Priorato, del padre José de San Hilarión (1693-1696), no obstante pesar sobre San Joaquín la prohibición real de seguir la obra. Ésta se suspendió en la iglesia por ser más ostentosa; pero se continuó en el convento, se construyeron salones arriba con entrada lateral y una aula provisional.

12 Ibidem. Capítulo de los Prelados, fols. 70 y 70 rev.

Fue hasta el Priorato del padre Gregorio de San José (1738-1741), que se construyó un aula magna y los antiguos salones de la planta superior fueron definitivamente convertidos en celdas (13). Siguió en construcción el ala poniente, el ala sur, cimentada y comenzada por el mismo padre José y acabada completamente en su mitad sudoccidental por el padre Pedro de la Madre de Dios (1699-1702), quien instaló arriba celdas, y abajo, no sabemos qué oficinas. La otra mitad del ala sur con sus importantes dependencias fue continuada y concluida por el padre Juan de Santa Teresa (1705-1708) en la parte alta con más celdas y las letrinas y en la parte baja, con la cocina, fregado y despensa.

Siempre en los conventos de nuestro país se construían cocina y letrinas en el ángulo sur-oriental para que los vientos predominantes del noreste, no esparcieran hacia las habitaciones, ni el humo, ni posibles malos olores (14). El ala sur se prologó hacia el oeste con la pequeña hospedería, que primeramente fue edificada por el padre Miguel de San José en su segundo Priorato (1708-1711); pero más tarde fue readaptada hasta la forma que hoy presenta. Pocos huéspedes esperaban sin duda los carmelitas de San Joaquín, pues apenas constaba con dos pequeños cuartos para dormir, en la parte baja; y si no se les servían allí mismo las comidas, acaso subían a la parte alta. Dicha hospedería estaba situada fuera del patio reglar, y por ende, fuera de clausura (15).

13 Ibidem. Capítulo de los Prelados, fols. 23 y 23 rev.
Y fol. 76

14 Ibidem. Capítulo de los Prelados fols. 23 y 23 rev.

15 Ibidem. Capítulo de los Prelados fol. 24 rev.

Esta misma ala se prolongó por el lado oriente con el oratorio y la enfermería. El primero penetraba aislado hacia la huerta, menos, claro está; por la parte de su acceso.

Fue construido por el padre Juan de Santa Teresa [1705-1708] y estaba muy bien dotado de vasos sagrados, ornamentos y utensilios sacros. Allí iban a parar las curiosidades artísticas que regalaban los bienhechores; v.gr.: un Niño Jesús de Nápoles en su tabernáculo de maque de China, silla de plata, candilillos y dos jarritas de metal, obsequio del capitán D. Luis de Velasco y Mendoza; un relicario de plata que tenía en alto relieve el Descendimiento y colocaron como puerta del sagrario, donado por la patrona; un crucifijo de marfil con cruz y peana de carey embutidas en nácar, que dio el capitán D. Pedro Palacios; toda una colección de pinturas para las paredes, regalo de doña María de Mendoza, que representaban: el Santo Cristo de Burgos, la Virgen, San José, Nuestra Señora del Pópulo, Santa Catalina, San Cristóbal, Santa Efigenia (16).

La enfermería fue construida dos veces: la primera por el padre Tomás de la Presentación (1717-1721). El P. Juan Crisótomo, durante su mandato (1748-1750) la echó toda abajo, sin duda por mal edificada y levantó la que conocemos. Ésta, situada en la planta superior, consta de ocho celdas para enfermos que miran por sus ventanas o convergen hacia una capilla abierta. Otros dos cuartos, servían para guardar la ropa y los útiles de la enfermería. En el extremo oriental de dicha dependencia se hallaba el famoso mirador, con sus arcos

hacia el oeste y sus otros dos respectivos hacia el norte y sur. Es notable por su proporción y belleza, y antaño, por el hermoso panorama que desde ahí se descubría: la ciudad de México con sus numerosas cúpulas y campanarios, el espejo del lago de Texcoco, las azules y altas montañas que circundan el valle, con predominio de los nevados volcanes. En la parte baja de la enfermería se instaló en 1791, siendo Prior el padre Antonio de San Fermín, un molino de aceite con todas sus necesarias dependencias (17).

El ala oriental y las transversales

El ala oriente en su integridad fue obra de los padres Miguel de San José [1702-1705] en su primer período y Juan de Santa Teresa [1705-1708]. El primero construyó en la planta baja el inmenso refectorio con su púlpito para el lector, paralelo a él, el anterefectorio, y en un costado de éste, el pequeño aposento del refectoriolo (comedor para los enfermos que comían carne).

Uno o dos de los arcos del anterefectorio estuvieron tapiados mucho tiempo, se les dio puerta hacia el patio de la cocina y allí tuvo instalación la "rasura", hasta que el padre Cristóbal de la Santísima Trinidad (1768-1770) la mandó colocar en la planta baja del oratorio, añadiendo así espacio al anterefectorio. El refectorio tuvo en su testero un lienzo de la Sagrada Familia a la mesa; y en el anterefectorio había un retablo con un Santo Cristo. Todas estas "oficinas" fueron enladrilladas, blanqueadas y puestas en servicio por el padre Juan quien además construyó encima del ala

14 Ibidem. Capítulo de los Prelados fols. 23 y 23 rev.

15 Ibidem. Capítulo de los Prelados fol. 24 rev.

16 Ibidem. Capítulo de los Prelados fol. 23 rev. y fol. 65

17 Ibidem. Capítulo de los Prelados fols. 68 rev. y 80 rev.

oriental la hilera de celdas que aquí se encuentra. La gran escalera conventual, como muchas de su género, era amplia, cómoda, luminosa por sus amplios ventanales y profusamente adornada con pinturas: primero, con unas de Cristo Crucificado, la Virgen del Carmen y San José; luego, con otras de San Elías, Santa María Magdalena de Pazzis y de los Cinco Señores (18).

El padre Pedro de la Madre de Dios (1699-1702) inició el ala que atraviesa de norte a sur, al prolongar las paredes de la sacristía hasta el lienzo meridional con varios cuartos, donde quedó procura y sus despensas. Sobre dichos cuartos y la sacristía terminó las celdas el padre Miguel de San José durante su primer período. En su segundo Priorato (1708-1711) al mismo padre le tocó hacer el eje poniente oriente, donde se instaló abajo el lavabo de la sacristía, continuado por el oeste con piezas para guardar objetos destinados al culto; blandones, túmulo, candeleros, tarimas, alfombras, etc. : entre otras cosas, un curioso Nacimiento de madera comprado en Xochimilco, que comprendía el juego de figuras de la Navidad. Arriba ignoramos qué finalidad tendrían las dependencias que se levantaron. Interesante era el citado lavabo: dentro de una gran hoquedad rematada en forma de arco, instaló el padre Prior siguiente, Francisco de San Pedro [1711-1713] un largo pilón de piedra con su llave de agua corriente. En un rincón se hallaban el nicho que contenía el cajón de zapatos que los carmelitas usaban para decir misa (19).

18 Ibidem. Capítulo de Prelados fols. 23 y 23 rev.

19 Ibidem. Capítulo de Prelados fols. 23, 24 y fol. 65 rev.

Los patios

Entre los patios, son de interés: el del claustro procesional, el de la cocina y el de la puerta reglar. El claustro procesional fue una de las obras, como ya se dijo, del padre Francisco de San Pedro (1711-1714) y como era común figuraba el más pulido y rico del convento: tallado en cantera, lo flanquean cuatro bellas arquerías de cuatro arcos de medio punto cada una.

Los arcos se dividen por esbeltas y elegantes pilastras de capitel cuadrado y friso corto, que también sirven de sostén a una cornisa corrida en todo el lienzo. El claustro en sus ángulos interiores tuvo sendos altares de azulejo, con sus nichos que encerraban devotas pinturas en sus marcos dorados. El patio propiamente dicho, estaba enladrillado y al centro, le añadía gracia, sencilla pero atractiva fuentecita (20).

El patio de la cocina se adornaba por dos de sus lados, con el pórtico del padre Miguel; cinco arcos por lado, enmarcados por contrafuertes, componen los frontis. En otro de sus lados, que corresponde al exterior del anterrefectorio, se continúa el mismo juego; pero con arcos y machones que se adosan al muro. El amplísimo patio reglar se formó prolongando las paredes interiores del ala oriente y las exteriores del ala oeste y cercando las prolongaciones al sur. Junto a su muro meridional se ubicaban las caballerizas, y en su muro poniente se alineaban una serie de oficinas: cuarto del portero, panadería, lavandería y cinco aposentos más. Se hallaba el patio todo empedrado y aún tiene entradas por una suntuosa puerta reglar: dos pilastras sencillas con apenas capitel, sostienen un

20 Ibidem. Capítulo de Prelados fol. 65

arco de medio punto en que se leen grabadas la palabras: "Soli Deo honor et gloria" (Honor y gloria únicamente a Dios); el cuerpo de las pilastras sube formando un cuadrado que remata en un frontón de cornisas, abierto, para dar cabida a un artístico escudo del Carmen apoyado en pequeño plinto (21).

La huerta

Al convento rodeaba por todos lados, menos por la parte norte, una vastísima y bien cultivada huerta, ocupada hoy por el nuevo Panteón francés. La huerta no sólo producía cuanta hortaliza y fruta consumían los religiosos; sino que proporcionaba buenas entradas al convento.

Las crónicas hacen referencia más de una vez a la "perería", es decir, aposento para vender las peras. Tenía éste una ventanita a la calle, donde un hermano lego despachaba las proverbiales y ricas peras carmelitanas. Lo que no se vendía era convertido en "orejones" para los tiempos navideños. Pero también el inmenso huerto servía para el esparcimiento de la comunidad en los días "clásicos", cuando era permitido romper en algo la cotidiana austeridad. Entonces se iba a recreación a la huerta, y a veces se merendaba o comía allí. A este propósito fue construido el gran tanque mirador en tiempos del segundo Priorato del padre Alejo de San Joaquín (1741-1744).

Sobre un altozano se situó un amplio y profundo estanque, se le rodeó de un ameno ambulacro con calles de cipreses y se levantó al poniente un donoso pórtico de cantera a expensas de D. Juan García de

Trujillo, con seis aiosos arcos, abajo en cuatro de ellos una balaustrada, y al fondo, bancos de mampostería para asiento de los religiosos. Surtía este estanque para riego de la huerta un surco de agua "que viene del río de los Remedios por zanja de Nicolás Gómez", que compró al Rey en 200 pesos el multicitado padre Miguel de San José; y del vaso se repartía por canales y alcantarillas a toda la propiedad del convento. Los priores en su casi totalidad contribuyeron a poblar la huerta de manzanos, perales y olivos.

La siembra de estos últimos árboles había comenzado en grande, con más de mil de ellos, durante el mandato del padre Francisco de San Pedro (1711-1714).

Este mismo Prelado hizo bardear gran parte del perímetro de la huerta, cercado que continuó el sucesor, padre Francisco del Espíritu Santo, costeándolo el Virrey Duque de Linares, insigne bienhechor de los carmelitas. Todavía se conserva una inscripción de cantera que recuerda este hecho. En la huerta se edificó según usanza de la Orden, una ermita; en este caso con el título de San Elías. Como las fabricaban en el Desierto, contaba con todas las dependencias en pequeña proporción; celda, capilla, cocina, jardincillo y hasta pequeño pórtico; pero aquí la capilla lucía grácil y hermosa cúpula. La ermita de San Elías fue construida con donativos pecuniarios de D. Pedro Negrete Sierra, hermano del padre carmelita Juan de la Natividad, durante la prelación del padre Gregorio de San José (1738-1741) (22)

El soporte económico

Los recursos que hicieron posible la construcción de San Joaquín fueron las limosnas de insignes bienhechores.

21 Ibidem. Capítulo de Prelados fol. 24 rev.

Mencionaremos entre otros muchos: al patrón de la Iglesia D. Antonio Fernández de Jubera; a D. Martín de Amezcua, que costó gran parte del ala poniente; a los dos Provinciales Fr. Jerónimo de Santa Teresa y Fr. Francisco de la Concepción, quienes destinaban a la construcción, cuando llegaba a sus manos de estipendios o donativos; a los conventos de San Ángel, Salvatierra y Celaya, que hicieron muy buenas aportaciones; a las personas que costearon los colaterales de la iglesia; a los fundadores de las 16 primeras Capellanías.

Después para el sostenimiento de la comunidad contribuyeron en mucho: D. Álvaro de Lorenzana, que ya desde mediados del siglo XVII había dejado sus casas valuadas en 15,000 pesos para la fundación de un colegio de Artes: los mismos patronos de la iglesia, con lo que heredaron al Colegio: los que siguieron fundando Capellanías; y finalmente los mismos frailes, que supieron muy bien administrar sus rentas y hacer rendir sus propiedades: la huerta, dos ranchos y casas que poseyeron frente al convento de San Francisco de México (23).

Los ranchos que tuvo el convento fueron el denominado "De Abajo", colindante hacia el sur con la huerta. Este era un terreno erizo que poseían las monjas de Balbanera, comprado después por D. Miguel Romer Casagrande, lo traspasó a los carmelitas como capital principal de una Capellanía. Tierras de Ojuelo, también llamado "De Arriba", situado en las lomas de los Remedios.

22 Ibidem. Capítulo de Prelados fols. 79, 24 rev. y fol.65 y 77 rev.

23 Ibidem. Capítulo de bienhechores fols. 5 rev. y 6, fol. 7 y 5. Capítulo de Capellanías fol. 11

En este rancho había molino de trigo. De estas fincas, agrandadas, muy mejoradas y perfectamente habilitadas por los religiosos, procedía el maíz, frijol, haba, harina y leche que había menester el convento (24).

Leyes de 1857

Después de la exclaustración de las Ordenes religiosas por obra de los liberales en 1861 y de haber sido el convento de San Joaquín adquirido por el adjudicatario extranjero apellidado Schiafino y después a un alemán de apellido Arman. La huerta la adquirió un anticuario norteamericano. La Mitra del Arzobispado de México debió comprar el convento para instalar en él el Seminario Conciliar que duró de 1882 a 1892, bajo la vicerrectoría del Señor Antonio Plancarte y Labastida y estudiaron y fueron maestros, los que citaremos a continuación.

En este antiguo convento vivieron, pues, como catedráticos del citado plantel, los que habían de ser con el tiempo distinguidos Prelados: D. Emeterio Valverde y Téllez, D. Francisco Plancarte y Navarrete, D. Francisco Orozco y Jiménez, D. José Mora y del Río y D. Leopoldo Ruiz y Flores. (25)

En el convento se alojó el Colegio Clerical de San José, fundado por el padre José María Vilaseca en el ex-convento de la Concepción de la capital. Aquí estuvo dicho Seminario de 1885 a 1892, pero no hay que confundirlo con el seminario del Señor Plancarte y Labastida, que en Tacuba ayudó a las religiosas Guadalupanas.

24 Ibidem. Capítulo de Capellanías fol. 11 rev. de Bienhechores fol. 5 rev.

25 Cf. Félix Zamora, Breves datos..., en *Encuentro*, 1982, p.76

Siglo XX

Tenemos noticia de que el padre Pedro de San Elías (26), carmelita descalzo español, adquirió de la Mitra de México, probablemente a principios de 1902, la Iglesia y la mitad del convento para poner allí el noviciado y comenzar con ello la restauración de la Provincia de México, tan decaída desde que se pusieron en práctica las Leyes de Reforma (1862). El mismo padre informa de esta adquisición en sus anotaciones: *Breves pero exactos apuntes...* datados en la ciudad de México el 23 de octubre de 1904. (27)

Según esos apuntes la compra importó 2000 pesos y gastó otros casi 2000 en reparaciones y la hechura de un pozo artesiano. Probablemente se trate de uno encontrado en el hoy llamado Patio de San José, que se descubrió en la restauración de esa parte en vísperas de la celebración del IV Centenario de la llegada de los Carmelitas a México (1985).

26 Nacido en Barajuen (Álava, España) en 1867. Vino a México en 1899. En 1902 fue nombrado por el P. General, Visitador de México, tarea que no pudo cumplir tanto por la oposición de los mexicanos, como la falta de apoyo de sus mismos compañeros venidos de España. Estuvo en la ciudad de México casi dos años, luego fundó Durango en 1901. En 1907 funda Mazatlán. Fue enviado en 1911 a Tucson, para ver la posibilidad de fundación. Hace varias fundaciones en Arizona (Winkelman, Sonora, Morenci). Vuelve a Durango (México) en 1914, para pronto regresar a los Estados Unidos, de donde parte en definitiva en 1930. Parece que viene a México (Durango) en 1916, durante la revolución, en busca de los carmelitas españoles que habían quedado en esa ciudad. Muere asesinado en Barcelona, España el 10 de noviembre de 1936 en compañía de otros religiosos carmelitas de la Provincia de Cataluña.

27 *Breves pero exactos apuntes de los acontecimientos...* en Archivo Hist. de la Prov. de Carmelitas en México, 2195, publicado en *Encuentro*, nov-diciembre, 1982 pp. 216-221; enero-febrero, 12-17; marzo-abril, 36-42; mayo-junio de 1983, pp.54-56

La compra la tuvo que hacer después del 23 de octubre de 1901, en que el padre Pedro fue nombrado Maestro de Novicios, en una junta celebrado en San Ángel, en presencia del P. Rafael Checa Solís. Nos parece un poco extraña esa compra hecha por el padre Pedro, puesto que todavía estaba en funciones en ese momento y hasta 1906 el llamado "Colegio de Infantes de Nuestra señora de la Asunción y señor San José", anexo al Seminario Conciliar de México.

Finalmente la Orden no abrió noviciado en San Joaquín, pues cambiaron las circunstancias. El Padre Pedro de San Elías buscó fundaciones en otros lugares, como Durango y más tarde Mazatlán. El convento volvió a perderse cuando los revolucionarios carrancistas entraron a la ciudad de México en 1914 y convirtieron el convento en cuartel; sus cinco sonoras campanas fueron arrojadas al atrio y llevadas para fabricar moneda, comenzó el saqueo de todo lo de valor que aún quedaba: pinturas muy valiosas fueron vendidas, las inscripciones del viacrucis que tenían sus leyendas en azulejo fueron arrancadas y hasta el piso de la iglesia formado de artística combinación de cantera y azulejo se destruyó.

En 1935 el párroco de San Cosme don Juan García Luna gestionó el traslado hermoso retablo dorado del altar mayor para la citada iglesia con el fin de evitar su destrucción. La iglesia y el convento quedaron en poder del ejército, hasta el año de 1955 en que la iglesia con un pequeño anexo fue entregada al Mitra México, quien a su vez lo devolvió a los Carmelitas. Los Carmelitas recibieron la iglesia, lo que llamamos salas funerarias, detrás del

presbiterio; y un salón grande sobre esas dependencias, que había techado el ejército, pues por el abandono se debió perder el envigado.

Recibieron también un tramo del claustro poniente y otro de uno de los transversales; el claustro procesional (en la planta baja) y uno de los cuatro patios que tenía el convento; el resto lo fueron entregando poco a poco con los años, hasta quedar totalmente integrado el perímetro del convento en 1983, en que cedieron lo que fue la enfermería y en la parte baja, unos salones, que sin duda alguna se ocupaban como bodegas para la fruta que producía la extensa huerta.

Conclusión

A pesar de los cambios tan bruscos en la historia del convento, sin embargo se puede reconstruir casi todo su pasado. Sabemos que duró más de medio siglo la construcción del convento de San Joaquín (1690-1748); luego los Carmelitas lo disfrutaron completo otro siglo (hasta las leyes de 1857); más tarde estuvo en manos ajenas otro siglo (1857-1955), y en este último año, los Carmelitas comenzaron a recibirlo por partes, como ya dijimos. Desde fines de 1955 comenzó la tesonera y gradual recuperación y restauración del edificio, la mayor parte en completa ruina (28), pero esos son capítulos para otra ocasión.

28 Félix Zamora, "Breves datos..", en *Encuentro*, 1982 p.76



Bibliografía

Manuscritos

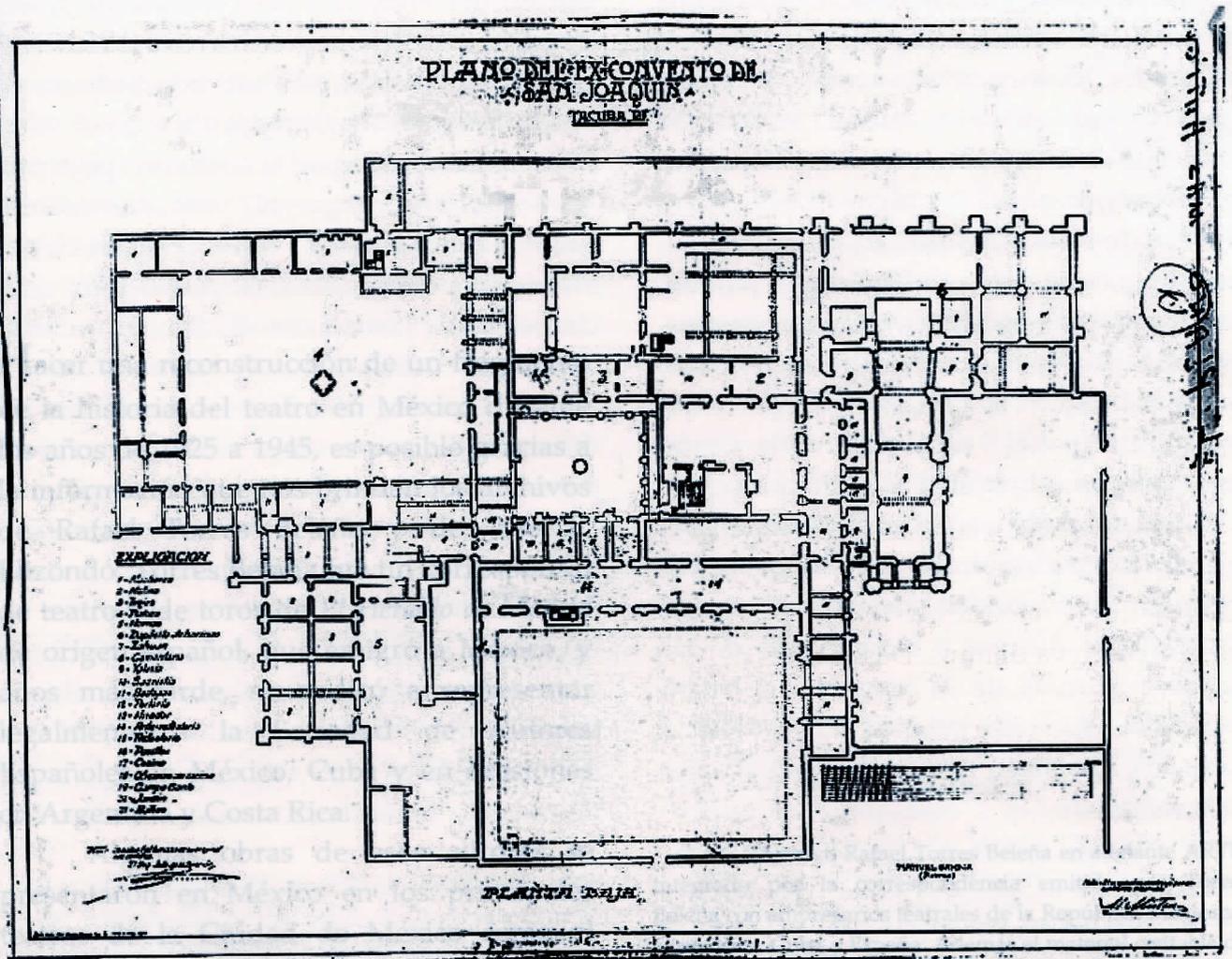
Libro de la fundación y hechos memorables deste Convento de Nuestro Padre San Joaquín en el Pueblo de Sanctorum. Año de 1689. Archivo de Antropología e Historia, Sección Lira nº10

Pedro de san Elías, "Breves pero exactos apuntes de los acontecimientos...México, 1904" en Archivo Hist. de la Prov. de Carmelitas en México, 2195

Zamora Félix, "Breves datos para la historia del convento de San Joaquín de los carmelitas descalzos", en *Encuentro*, 1982, pp.72-77

Zamora Félix, "La fundación del convento de San Joaquín", en *Encuentro*, 1978, 360-364

Mra. Eugenia Ponce Alcocer



Hacienda de Beneficio de Loreto, CRM y P.Pachuca, Hgo. Ca. 1908 Fototeca del AHMM, A.C.